

tista. Por ejemplo al hablar de Manuel Magallanes Moure, a qué viene aquello de que fué alcalde de San Bernardo?

Estamos de acuerdo con lo que dice: «el problema sobre el destino de la poesía chilena es asunto de espíritu» y nosotros agregamos: la justicia y ecuanimidad de quienes la exponen.—  
CARLOS RENÉ CORREA.



<https://doi.org/10.29393/At247-22AFCC10022>

ALMA Y FORMA, por *Bernardo Cruz*

El fino espíritu de Bernardo Cruz ofrece este libro lleno de sugerencias y matizados por el fervor de un temperamento de artista frente a las obras que su devoción por la belleza ha seleccionado.

El subtítulo de la obra reza así: «Selección y Glosas Críticas de Poemas Líricos Hispano-Americanos» Este libro de Bernardo Cruz, es interesante por muchos aspectos y en especial por dos que deseamos, desde luego, señalar: la originalidad de los comentarios y el buen gusto con que selecciona los poemas.

Bernardo Cruz es un escritor maduro que no teme expresar sus personalísimas opiniones sobre materia de arte y poesía. «Alma y Forma», dice, «un título breve e intuitivo. Alma primero, ya que nada vale un poema, musical y sabiamente labrado, si está lleno de aire, que el ánfora responda a su perfume. Pero tampoco una emoción intensa expresada sin unción, transparencia y ritmo».

O sea, que Bernardo Cruz busca en la poesía el supremo equilibrio; se ha entregado en horas de meditación a la consideración, al análisis profundo de los poemas que más le han impresionado. Tenemos en esta obra un exacto reflejo de lo que es su espíritu de artista, inclinado a la suavidad, a la emoción sencilla, a la dulce penumbra de las cosas rodeadas de misterio.

Juan Ramón Jiménez, Manuel y Antonio Machado, Federico García Lorca, Gabriela Mistral, Juan Guzmán Cruchaga,

Jorge González Bastías, Francisco Donoso, Amado Nervo, Enrique González-Martínez, Juana de Ibarbourou, Rubén Darío, entre otros, son los poetas que le han cautivado.

Siempre la glosa de Bernardo Cruz está orientada por un deseo de expresar la belleza del poema a través de sus personales gustos estéticos; tiene el autor una línea definida en cuestiones de belleza y desde esa colina mira el panorama de la poesía moderna y se extasía en la belleza y vitupera los malsanos arrestos ultraístas que han traído a la poesía falsas monedas que han desvirtuado su belleza con crudos afanes snobistas.

Entremos por los caminos del chileno Juan Guzmán Cruchaga. Se ha señalado no sin verdad y acierto que este poeta se distingue por la evocación de las cosas lejanas, guardando siempre en su verso una suavidad y elegancia aristocrática. Basta leer su libro «Agua de Cielo» para conocer íntimamente al artista de la forma y la suave sugerencia, honda, emocionada, inalterable.

Bernardo Cruz toma para su análisis dos poemas de Guzmán Cruchaga:

«Música pensativa» y «Canción», la primera de las cuales dice:

«Una canción que tiene fragancia de jazmines  
en la noche de otoño se desgrana,  
y sobre la quietud de los jardines  
pasa una enferma evocación lejana,

El fuego familiar, la cariñosa  
voz delicada y empalidecida;  
el buen amor, la luminosa rosa  
que decoró un ocaso de la vida.

Una fontana piensa...

Los surtidores se quedaron mudos,  
y en la armonía de la noche inmensa  
va la romanza con los pies desnudos».

«Toda la lírica de Guzmán, dice Bernardo Cruz, está impregnada de suavísima melancolía,; ella siempre va suspirando, como un agua oscura, en esa canción lejana que se adormece a fin en surtidores mudos».

A menudo entra el autor en disquisiciones acerca de la factura misma del verso y del poema; nos ofrece acabados conocimientos de técnica poética, sin quedarse mudo frente a la sugerencia del poema que es objeto de su glosa.

Con entusiasmo se refiere al poema «Castilla», de Manuel Machado, dice que sus versos nos hablan de «Castilla dura, reseca, ardida. Cansado el Cid, cabizbajos los suyos, sudorosos los caballos, horno y espejo los jinetes acorazados y ceñidos. Espadas y lanzas, picas y broqueles».

Después de las palabras del autor, cómo quedan palpitando los versos de Manuel Machado en su «Castilla»:

«El ciego sol, la sed y la fatiga.

Por la terrible estepa castellana,

al destierro, con doce de los suyos,

—polvo, sudor y hierro—el Cid cabalga».

Señala con claridad los perfiles de Manuel Machado, poeta españolísimo y castizo de forma que supo expresar la verdad histórica y la belleza de su España eterna. De su hermano Antonio Machado, poeta más puro y a veces de acento más alto, expresa el autor: «Machado es ante todo el poeta de la infancia y del recuerdo. Infancia que es sueño y que tiende sus manos ávidas hacia la vida, cual a un cesto colmado de racimos.

«Y es el poeta del agua. ¡Cómo la adora el poeta!, casi diríamos con fetichismo moro. Por la música externa del verso se parece a «los reflejos en el agua» de Claude Debussy».

Cumple Bernardo Cruz con la primera y fundamental obligación de quien habla de poesía; ser poeta y ser sincero para expresar sus impresiones sobre la obra ajena.



No oculta el autor su devoción más encendida hacia la obra de Juan Ramón Jiménez, de quien reproduce como portada de su poesía la dedicatoria del libro «Pastorales», la cual dice en uno de sus acápites: «Ninguna música, ningún verso, pocos ojos de mujer me han hecho llorar tan dulcemente como el humo azul de los hogares, en la paz cadenciosa del crepúsculo: esas lágrimas... Por la tarde, el campo tiene algo de mirada de madre. Ay ¡flores del campo arrancadas por la tarde!...».

Tenemos ante nosotros la maravillosa ensoñación de Juan Ramón Jiménez, esa alegría tan pura frente al universo, la gama desleída de sus colores que borra el viento de la noche...

Refiriéndose a uno de los poemas más hermosos de Jiménez, anota Bernardo Cruz: «Tristeza dulce del campo» tiene toda la dulzura de un crepúsculo violeta, perfumado a heno, y que gime con una copla antigua, de otras tardes, olorosas a praderas recién segadas.

«Y en la belleza formal, esa sucesión de asonantes, que rueda, suspira, llora y perfuma. Imaginamos su romance como un camino delgado, por el que descenden apacibles corderos mientras a su vera, van rimando las aguas esa canción de siempre y que sin embargo, en cada poeta suena distinta.

«Tristeza dulce del campo...  
La tarde viene cayendo.

Vengo detrás de una copla  
que había por el sendero».

Como vemos, el autor no pierde jamás de vista la idea fundamental que lo indujo a escribir este hermoso libro: el alma y la forma del poema. Alcanza a veces la profundidad del ensayo, sin que se desnuda por ello la delicadeza del poema subterráneo que él va creando con sutil elegancia, a la vera de la poesía, que le entregan sus hermanos.

Al hablar de Darío, Nervo y Asunción Silva, dice Bernardo Cruz: «Darío es la expresión más audaz y elevada de la estética moderna. Un espíritu flexible, anárquico en cierto aspecto, pero siempre fino y elegante... Nervo aporta un extraño misticismo, una mezcla confusa de Plotino y Heráclito, de Buda y de Evangelio. Sus versos tan puros, tan claros, tan suaves parecen escritos en el cáliz de un lirio de un jardín monástico... La misma dulzura de Nervo, la misma fineza y música polifónica de Darío impregna la lírica de Asunción Silva».

Refiriéndose a Pablo Neruda, expresa: «Neruda es único. El subjetivismo más desolado e inflexible aparecido en nuestra América».

Todas estas citas de las opiniones de Bernardo Cruz creemos que son más que suficientes para formarnos una idea aproximada de lo que significa su juicio tan acertado como generoso y ecuánime. Mantiene nuestro autor esa serenidad que es tan necesaria para juzgar poesía y al mismo tiempo demuestra poseer un verdadero espíritu de poeta que lo capacita para entregarse a este difícil arte de glosar con acierto la producción de los grandes poetas.

No desprecia Bernardo Cruz la obra de ciertos poetas porque en torno de ellos se haya levantado la muralla del silencio, no. Expresamente lo dice que a él le interesa más la poesía misma que el poeta y las circunstancias que hayan podido rodear su vida.

La obra que comentamos nos demuestra una vez más que la poesía es eterna; que ella existe a pesar de los olvidos, del tránsito del tiempo o de la sombra que haya podido arrojarle la envidia.

Viven los poetas y nos acompañan, cuando en su obra, como lo dice Bernardo Cruz, hay «alma y forma». —CARLOS RENÉ CORREA.